
Isabel

Vicente Riva Palacio

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5439

Título: Isabel

Autor: Vicente Riva Palacio

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Isabel

Isabel amaba a Alberto, y jamás una pareja más feliz y encantadora había cruzado bajo el brillante sol de la primavera, las floridas vegas que aprisionan el canal de la Viga.

Isabel era la mariposa que roba sus colores a las brillantes y gentiles rosas de las chinampas; era la tórtola que calma su sed en las cristalinas aguas de la laguna de Chalco, y entona sus dolientes quejas al crepúsculo de la tarde, entre el dulce murmullo de los sauces que agita la brisa.

Isabel amaba a Alberto con el fuego del primer amor, y el porvenir risueño le brindaba la corona de azahares de la esposa, perfumada y radiante.

Un día el espíritu de la vanidad tocó a Isabel, y sus ojos se fijaron en un hombre rico, muy rico. El ángel de los primeros amores se estremeció, y emprendiendo lloroso su vuelo a la eternidad, Isabel oyó el batir de sus alas y volvió en sí... ¡era tarde!... por mucho tiempo no volvió a ver a Alberto.

Una noche Isabel había llorado; el recuerdo de Alberto se alejaba un momento de su imaginación, para volver después, semejante a esos parásitos color de fuego que revoloteaban alrededor de un granado cubierto de flores.

La luna brillaba con todo su esplendor, y las aguas bebían ávidas su luz melancólica; nada interrumpía el silencio de la noche, porque los ecos de la ciudad morían antes de llegar a los balcones de Isabel.

El canal de la Viga estaba desierto. De repente, como

naciendo de la bruma, ligera y graciosa, se adelanta una canoa; el viento no repite el rumor de las aguas heridas por el remo, y la superficie del canal permanente serena como un espejo.

La barca se adelanta, Isabel la sigue con la mirada ansiosa, su corazón se agita, y, ¡Oh Dios!, ¡es Alberto!

Alberto, sereno, altivo, pero amoroso como en los días de felicidad.

La barca se detiene, los amantes se hablan, suspiran, se exaltan en su pasión. Una corta distancia los separa, Isabel la salva, y un momento después se arroja dentro de la canoa en los brazos de Alberto.

¡Cuán dulcemente se desliza la barca sobre la corriente!, ¡cómo embriaga el aliento perfumado de la brisa que gime en esos bosques de rosas y mirtos!, ¡qué apacible se levanta esa monótona canción de los remeros!...

Isabel sueña en el Paraíso, sus manos estrechan las de Alberto, y su aliento agita la rizada melena del mancebo.

Poco a poco la velocidad de la marcha aumenta, poco a poco Isabel siente enfriarse las manos de Alberto, y el canto de los remeros se torna en clamor funerario, y las brisas perfumadas, en las húmedas exhalaciones de una fosa.

—¿Qué es esto, amor mío?, ¿a dónde vamos?

—El tálamo nupcial nos espera, Isabel, la noche de nuestro himeneo comienza. Ven conmigo.

—La luna se oscurece, Alberto, tengo miedo.

—Nada temas, la noche de nuestro himeneo comienza.

Isabel calló, pero su cuerpo temblaba; la canoa cruzaba desiertas lagunas, rápidas como una exhalación; un ruido

semejante al de un torrente que se precipita, se dejaba escuchar cada vez más cercano, y un abismo profundo, hirviente, amenazó trozar la barca.

Isabel dio un grito y se arrojó al cuello de Alberto, pero retrocedió espantada: aquél no era ya el amado de su corazón, sino un cadáver descompuesto y horrible, cubierto de plantas acuáticas, y sólo conservando un siniestro brillo en sus ojos. Isabel apartó la vista y sus miradas se fijaron sobre los remeros y... eran dos descarnados esqueletos envueltos en flotantes sudarios. La infeliz se cubrió el rostro con las manos, e invocó a Dios; una carcajada satánica se elevó en los aires... ¡y la barca crujiendo se precipitó en el abismo!

Desde entonces siempre que una joven tentada por la vanidad abandona su amor, escucha en su conciencia la estridente carcajada de Alberto.

Vicente Riva Palacio



Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero (Ciudad de México; 16 de octubre de 1832 - Madrid, España; 22 de noviembre de 1896) fue un político, militar, jurista y escritor mexicano.

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedara marcada en periódicos como La Orquesta y El Ahuizote; Riva Palacio participa como un

activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras.

El género que más le sonrío siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870. Tuvo a su disposición la mayoría de los archivos de la Santa Inquisición, lo que le brinda una grandísima cantidad de información que plasma en sus novelas de tema colonial. Sólo una de sus novelas (Calvario y Tabor) es de toque militar.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y sketches teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica El libro rojo, un breviario de la violencia dentro de la historia nacional mexicana. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en Tradiciones y leyendas mexicanas (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino para publicar Flores del alma (1888), junto con el editor Santiago Ballezá, la obra México a través de los siglos, trabajo enciclopédico; encargándose él mismo de escribir el segundo tomo, dedicado a la Colonia. En su obra Los Ceros critica y polemiza a la clase política mexicana, lo que lo identifica como un personaje virulento para el régimen porfirista. Cuentos del General (que apareciera póstumamente en Madrid en el año de su muerte), es una colección de veintiséis relatos que presentan características comunes: brevedad en el título, la acción y la descripción de los personajes. Por su obra literaria, fue designado miembro correspondiente de la Real Academia Española.